

Cuanto más experimentemos a Cristo como Espíritu vivificante, más reducidas serán nuestra constitución intrínseca y nuestra manera de ser naturales; a medida que éstas sean reducidas al experimentar nosotros al Dios Triuno y Sus atributos divinos, seremos perfeccionados hasta llegar a ser una sola entidad para la gloria del Padre

Cuanto más experimentemos a Cristo como Espíritu vivificante, más reducidas serán nuestra constitución intrínseca y nuestra manera de ser naturales; a medida que éstas sean reducidas al experimentar nosotros al Dios Triuno y Sus atributos divinos, seremos perfeccionados hasta llegar a ser una sola entidad para la gloria del Padre (Jn. 17:23; Ef. 4:1-3). Ser perfeccionados en unidad es el cumplimiento de la aspiración expresada por el Señor en Su oración en Juan 17. Esta oración ha sido respondida y continúa siendo respondida. Experimentamos la verdadera unidad y la guardamos al permanecer bajo el efecto constante del aceite que nos unge y el rocío que nos riega.

Oración: Señor Jesús, gracias por estas palabras. Que ellas operen eficazmente en todos nosotros. Unge estas palabras y responde plenamente en nuestro medio a Tu aspiración expresada en Tu oración en Juan 17. Que en nuestros días exista sobre la tierra un testimonio de la unidad divina, la unidad que es realizada en Tu nombre y por Tu vida, mediante Tu palabra y en Tu gloria. Obtén el edificio divino entre nosotros. Amén.—M. C.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EDIFICIO DE DIOS

Los requisitos para la edificación de los creyentes en la iglesia, el Cuerpo de Cristo

(2)

(Mensaje 5)

Lectura bíblica: Ef. 4:3-6; 1 Co. 1:2, 9-13; Fil. 2:1-2; Ro. 8:6

- V. Tenemos que ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu—Ef. 4:3:
- A. Guardamos la unidad del Espíritu en la constitución intrínseca del Cuerpo y con la Trinidad Divina como fuente, elemento y esencia—vs. 4-6:
 1. La unidad del Espíritu es el Espíritu mismo; guardar la unidad del Espíritu es permanecer en el Espíritu vivificante—v. 3; cfr. Éx. 26:26-28.
 2. El Padre está corporificado en el Hijo, el Hijo es hecho real para nosotros como el Espíritu y el Espíritu se mezcla con los creyentes; tal mezcla es la constitución intrínseca del Cuerpo de Cristo—Ef. 4:4-6.
 - B. Guardamos la unidad del Espíritu al ser perfeccionados por los miembros dotados para la edificación del Cuerpo de Cristo—vs. 11-12:
 1. En Juan 17 el Señor Jesús oró al Padre pidiéndole que nos perfeccionara para que seamos uno en el Dios Triuno—vs. 21, 23.
 2. En Efesios 4 el apóstol Pablo nos dice que la Cabeza dio los dones a fin de perfeccionar a los santos hasta que todos lleguemos a la unidad—vs. 11-13.
 - C. Guardamos la unidad del Espíritu mediante el crecimiento en la vida divina, al crecer en todo en Aquel que es la Cabeza—vs. 13, 15; Col. 2:19.
- VI. Es imprescindible que participemos en la común comunión del disfrute de Cristo, que es la porción común de todos los

- creyentes, a fin de guardar la unidad del Cuerpo y así testificar que Cristo no puede ser dividido ni está dividido—1 Co. 1:2, 9-13:
- A. El Cristo todo-inclusivo pertenece a todos los creyentes como la porción que les ha sido asignada para el disfrute de ellos (Col. 1:12); todos los creyentes debieran concentrarse en el Cristo único e indivisible, Aquel que Dios designó como su único centro.
 - B. Debemos concentrarnos y focalizarnos en Él, no en ninguna otra persona, cosa o asunto, a fin de que todos los problemas entre los creyentes sean resueltos.
- VII. Es imprescindible que participemos en la común comunión en el espíritu y tengamos en común una misma manera de pensar y un mismo amor en el espíritu, con una sola alma, adoptando una postura común por causa del testimonio de la unidad del Cuerpo de Cristo—Fil. 2:1-2; 1:27:
- A. La disensión entre nosotros se debe a que no estamos unidos en el alma, a que no compartimos este único pensamiento en nuestra mente, la cual es la parte principal del alma—2:2.
 - B. *Este único pensamiento* se refiere al conocimiento y experiencia subjetivos de Cristo; concentrarse en cualquier otra cosa hace que pensemos diferente, lo cual crea disensión entre nosotros—1:20-21; 2:5; 3:7-9; 4:13.
- VIII. Tenemos que vivir y andar por el Espíritu (Gá. 5:16, 25) y andar conforme al espíritu mezclado (Ro. 8:4), poniendo nuestra mente en el espíritu mezclado (v. 6) y teniendo al Cristo *pneumático* como el Espíritu que mora en nosotros, quien imparte vida a nuestro interior para que hagamos morir los hábitos del cuerpo (vs. 9, 13):
- A. Cuando nuestra mente está puesta en el espíritu, nuestros actos externos concuerdan con nuestro hombre interior, y no existe discrepancia alguna entre nosotros y Dios; el resultado de ello es que nos sentimos llenos de vida y paz en nuestro interior.
 - B. Cuando nuestra mente está puesta en la carne y en las cosas de la carne, el resultado es muerte, lo cual hace que nos sintamos incómodos, sumidos en la muerte y separados del disfrute de Dios; el sentir de muerte debe servirnos como una advertencia, urgiéndonos a ser libertados de la carne y a vivir en el espíritu—v. 6.

- IX. Tenemos que ser conformados a la muerte de Cristo y, por el poder de la resurrección de Cristo, crucificar juntamente con Cristo a nuestro yo, nuestro hombre natural, nuestra carne, nuestra torcida manera de ser, nuestras peculiaridades y nuestros gustos y preferencias personales—Fil. 3:10:
- A. Ser conformados a la muerte de Cristo es tomar la muerte de Cristo como el molde para nuestra vida; el molde de la muerte de Cristo se refiere a la experiencia que tuvo Cristo de hacer morir continuamente Su vida humana a fin de vivir por la vida de Dios—Jn. 6:57; 12:24.
 - B. Nuestra vida debe conformarse a tal molde al morir nosotros a nuestra vida humana a fin de que vivamos la vida divina—vs. 25-26; 1 Co. 15:31, 36; 2 Co. 5:14-15.
- X. Tenemos que magnificar a Cristo al vivirle por la abundante suministración del Espíritu de Jesucristo—Fil. 1:19-21:
- A. Vivimos a Cristo para magnificarlo en virtud del suministro del Cuerpo, la abundante suministración del Espíritu de Jesucristo, el cual está tipificado por el unguento compuesto, el aceite santo de la unción—v. 19; Éx. 30:23-25.
 - B. El Espíritu compuesto está en el Cuerpo y, además, existe para el Cuerpo y para el servicio sacerdotal que edifica el Cuerpo—vs. 26-31; Ro. 15:16; 1 P. 2:5, 9.
- XI. Tenemos que ministrar a Cristo, impartíéndolo a toda persona con la cual entramos en contacto—2 Co. 3:6:
- A. Tenemos que llevar una vida en la que todo el tiempo tenemos contacto con Cristo para ser infundidos de Él y en la que siempre estamos en contacto con otros a fin de infundirles a Cristo—Hch. 6:4.
 - B. Tenemos que ser buenos mayordomos de la multiforme gracia de Dios, ministrando a Cristo a otros como el rico suministro de vida para que crezcan en la vida divina y disfruten de Cristo—1 P. 4:10; Ef. 3:2; 4:29; Fil. 1:25.
- XII. Tenemos que discernir entre el alma y el espíritu, el cual es un espíritu de poder, amor y cordura—He. 4:12; 2 Ti. 1:7:
- A. Tenemos que avivar la llama del espíritu que Dios nos dio, ejercitando nuestro espíritu de tal modo que todas las partes de nuestra alma (nuestra mente, parte emotiva y voluntad) estén bajo el control de nuestro espíritu; siempre debemos permanecer alerta para discernir todo aquello que no proceda del

espíritu, sino del alma—vs. 6-7; He. 4:12; cfr. Col. 4:2; 2 Co. 2:12-13.

B. Todos los problemas de índole familiar, social o nacional se deben al hecho de que la gente usa su mente, emoción y voluntad, mas no su espíritu; la unidad divina del Espíritu está en nuestro espíritu regenerado—Ef. 4:3; Ro. 8:16; 1 Co. 6:17:

1. Aquellos que causan divisiones son personas anímicas; ellos están privados de su espíritu, no le dan a éste la debida importancia ni lo ejercitan, comportándose como si no tuvieran espíritu—Jud. 19-21; 1 Co. 2:14-15.
2. En nuestro espíritu no existe disensión, división ni confusión alguna; nuestro espíritu es la Jerusalén de hoy, el lugar donde se halla la unidad—Jn. 4:24.

MENSAJE CINCO

LOS REQUISITOS PARA LA EDIFICACIÓN DE LOS CREYENTES EN LA IGLESIA, EL CUERPO DE CRISTO

(2)

El tema general de este entrenamiento, el cual ha sido extraído del ministerio del hermano Lee, es el edificio de Dios. Hoy en día en el cristianismo se dan muchos sermones sobre la ética y la moralidad, pero es difícil que se dé una conferencia o un mensaje sobre el edificio de Dios. No obstante, me siento agradecido al Señor porque en Su recobro, este asunto nos ha sido abierto por medio del ministerio de la era. Ésta fue una carga que estuvo en el corazón del hermano Lee por mucho tiempo. De hecho, cuando él vino a Estados Unidos, él ya sentía la carga por el edificio de Dios. Así que, él no vino simplemente como un orador, sino con la carga definida de que entre el pueblo de Dios algo fuese producido con miras al edificio de Dios. Aunque hay muchos que supuestamente son ministros del Señor, hablan con gran elocuencia y poseen mucho conocimiento bíblico, entre nosotros hubo un ministro muy particular, el hermano Lee, quien nos ministró acerca del deseo central que está en el corazón de Dios, esto es, el edificio de Dios. El edificio de Dios es algo que está en el corazón de Dios. Ahora que el hermano Lee ya no está entre nosotros, quizás algunos digan: “Puesto que el ministro ya partió, se ha acabado también este ministerio”. Sin embargo, a través de los años este ministerio depositó algo en nosotros. Por ello, puedo testificar que hoy en día sobre la tierra existe el edificio de Dios. Por supuesto, aún no ha terminado de edificarse; lo tenemos en miniatura. Si examinamos los doce requisitos incluidos tanto en este mensaje como en el anterior, todos estaremos de acuerdo en que aún falta mucho para que este edificio sea edificado por completo. Efesios 4:13 dice: “Hasta que todos lleguemos...”. Aún no hemos llegado; por tanto, es muy bueno que estemos estudiando este tema del edificio de Dios.

Algunos cristianos hoy en día prestan mucha atención al asunto de la santificación personal, pero no se percatan de que Dios desea obtener un edificio corporativo, una manifestación corporativa. Otros dan

mucha importancia a la impartición de enseñanzas bíblicas a través de seminarios sobre la Biblia y buenas exposiciones. Sin embargo, el ministerio en el recobro del Señor nos da algo muy concreto, no nos imparte simplemente buenas enseñanzas bíblicas. Tal vez otros cristianos pongan toda su atención en los dones espirituales; ellos siguen en pos de ellos y procuran conseguirlos, pensando que esto es lo que da sentido a la vida cristiana. Incluso hay otros que simplemente se preocupan por sus propios ministerios. A menudo la gente se equivoca, y en lugar de decir *Living Stream Ministry* (en singular) dicen *Living Stream Ministries* (en plural). La razón por la cual la gente comete este error es que está acostumbrada a tantos diferentes “ministerios” que existen en el cristianismo. Hay ministerios que dan ayuda a los pobres, ministerios que ayudan a las personas solteras, ministerios que se dedican a los jóvenes y ministerios que exponen la Biblia. Así que, a muchas personas lo único que les interesa es su propio ministerio. Sin embargo, el ministerio en el recobro del Señor se ocupa del deseo que Dios tiene en Su corazón: el edificio de Dios.

El hermano Lee empezó a hablar acerca del edificio de Dios en 1958. Cuando habló por primera vez sobre este asunto, es probable que muy pocas personas entendieron lo que él estaba diciendo. En el libro, *La cumbre de la visión y la realidad del Cuerpo de Cristo*, el hermano Lee dice lo siguiente: “Aunque para 1939 el hermano Nee ya había visto el Cuerpo de Cristo, cuando predicaba al respecto era como si ‘tocara el piano para las vacas’; nadie recibió aquello” (pág. 11). Al leer nuevamente los mensajes que el hermano Lee dio, los cuales fueron dados en 1963 y se publicaron con el título *El edificio de Dios*, me preguntaba qué debió haber sentido mientras hablaba a personas que habían estado toda su vida en el cristianismo. Seguramente sintió que estaba “tocando el piano a las vacas”. Sin embargo, hoy muchos han dejado de ser vacas y se han convertido en discípulos que responden a la palabra. El énfasis de este ministerio no son los dones espirituales, las enseñanzas bíblicas, la santidad personal ni el desarrollo de una obra personal. No; el énfasis de este ministerio es el edificio de Dios. Cuando salgo a visitar las iglesias y tengo comunión con los hermanos responsables, me doy cuenta de que este asunto es lo que se necesita urgentemente en el recobro del Señor. Es cierto que experimentamos mucha bendición y que hay mucha obra por hacer en el recobro del Señor, pero lo que el Señor desea obtener es un edificio. El Señor desea hermanos que no

solamente posean dones y sean muy entregados, sino que también hayan sido edificados con otros.

En 1958 el hermano Lee visitó varios lugares, incluyendo el centro ministerial del hermano T. Austin-Sparks en Inglaterra. El hermano Austin-Sparks estuvo dos veces de visita en Taiwán. Él tenía un ministerio maravilloso, el cual había captado la atención de algunos jóvenes en las iglesias. Por este motivo, el hermano Lee quiso ir a visitarlo a Inglaterra para ver el fruto, el resultado, de su ministerio. Después de visitar Londres y otros lugares, el hermano Lee llegó a la conclusión de que se estaban haciendo muchas cosas, pero no existía nada del edificio de Dios. Lo que se necesitaba era que un grupo de personas fueran conjuntamente edificadas como el edificio de Dios y actualmente ésta es la carga que el Señor ha depositado en nosotros.

Los libros que hemos publicado nos proveen una historia breve de lo que se ha hablado en este ministerio acerca del edificio de Dios. En octubre de 1958, cuando el hermano Lee regresó a Taiwán, dio diez mensajes, que fueron traducidos al inglés y publicados con el título *The Building Work of God* [La obra edificadora de Dios]. Con el fin de dar apoyo a la revelación contenida en esos mensajes, él dio otros ocho mensajes, que se han publicado en inglés con el título *The Basis for the Building Work of God* [La base de la obra edificadora de Dios]. Lo que el hermano Lee compartió en ese libro, acerca de que la Nueva Jerusalén es la mezcla de Dios y el hombre y que no es una ciudad física, provocó la oposición de algunos. De hecho, las acusaciones de herejía empezaron con ese libro. Esto nos muestra cuánto odio el enemigo tiene al edificio de Dios. En enero de 1961, mientras el hermano Lee todavía estaba en Taipéi, él compartió otros diez mensajes, los cuales componen el libro, *The Vision of the Building of the Church* [La visión con respecto a la edificación de la iglesia]. Luego, a fines de 1962, el hermano Lee vino a Estados Unidos. Poco después, durante el verano de 1963, él dio cuatro mensajes en Altadena, California, que se hallan impresos con el título *El edificio de Dios*. Más tarde, en la conferencia de invierno de 1964, él desarrolló aun más este tema. Aquellos mensajes fueron publicados en *The Vision of God's Building* [La visión del edificio de Dios]. Esta carga permaneció en el corazón del hermano Lee por muchos años, y nunca se apartó de él. Incluso en 1993, en *Estudio-vida de 1 y 2 Samuel*, él dio a conocer un gran cristal con respecto al asunto del edificio. Después de la partida del hermano Lee, volvimos a hablar sobre este tema en 1999, en la Conferencia del

día de Acción de gracias, en Irving, Texas. Sin embargo, la carga no fue liberada totalmente; es por eso que ahora hemos vuelto a hablar sobre este tema. Es preciso, pues, que quede grabado en nosotros que esto es algo que Dios desea dar a conocer a Su recobro por cuanto está en Su corazón.

También es necesario que veamos algo con respecto a la visión del edificio. Yo escuché al hermano Lee hablar en chino cuando aún era joven, en 1964 o 1965, pero la primera vez que lo escuché compartir en inglés fue en una cinta de carrete. Aquel mensaje quedó grabado en mí. Era el primer mensaje que escuchaba acerca del edificio de Dios. En ese mensaje, el hermano Lee compartía acerca de la visión del edificio de Dios a través de la Biblia, de principio a fin. Él dijo que el sueño que tuvo Jacob en Bet-el, el cual se encuentra en Génesis 28:12-15, es la primera visión que aparece en la Biblia, y que era una visión acerca del edificio de Dios. La última visión que se encuentra en la Biblia, en Apocalipsis 21 y 22, es la Nueva Jerusalén. Desde la primera visión hasta la última, todas las demás visiones que se hallan en la Biblia tienen que ver con el edificio de Dios. Jacob era en ese tiempo un joven que vagaba por el desierto, y cuando se acostó para descansar en Bet-el, vio una visión de la mezcla de Dios y el hombre. Su respuesta inmediata fue derramar aceite (que representa al Espíritu) sobre una piedra (que representa al hombre) (Gn. 28:18). La mezcla de la divinidad con la humanidad da por resultado la casa de Dios. Antes de que existiera la casa de Dios, tanto el hombre como Dios andaban vagando; ambos necesitaban un hogar. Pero al final de la Biblia, vemos que Dios obtiene Su hogar, Su habitación. Así que a través de la Biblia, Dios está llevando a cabo Su obra de edificación. Dios lleva a cabo dos obras en el universo: la obra de creación, que terminó en poco tiempo, y la obra de edificación, que aún continúa. Y de hecho continuará hasta la consumación de esta era.

Cuando T. Austin-Sparks fue a Taiwán, él habló sobre el tema de la visión, como por ejemplo, la visión del Cristo glorificado y la visión de Cristo en el trono. Así que muchos jóvenes empezaron a decir que necesitaban la visión de esto y aquello. Entonces el hermano Lee les dijo que todas las visiones contenidas en la Biblia tienen que ver con el edificio de Dios, empezando con el sueño de Jacob, la semilla, hasta la Nueva Jerusalén, la cosecha. La visión del tabernáculo, la visión del templo y todas las visiones de Ezequiel, tienen que ver con el edificio de Dios. En el Nuevo Testamento Pablo ciertamente vio una visión acerca del edificio. En Efesios él habla de un edificio orgánico, que es el

Cuerpo de Cristo. El apóstol Juan vio una visión de la Nueva Jerusalén, que también es un edificio. Nosotros debemos ser personas que son regidas por la visión del edificio de Dios.

Este mensaje es el segundo de dos mensajes que tratan de los requisitos que deben cumplirse para que los creyentes sean edificados en la iglesia, el Cuerpo de Cristo. Por lo general, las primeras clases que se toman en una universidad no tienen ningún requisito previo, pero una clase más avanzada comúnmente tiene varios requisitos previos. Asimismo, el asunto del edificio de Dios es tan elevado y sobrepasa tanto la esfera natural, que tiene doce “requisitos”. Antes de empezar a repasar los primeros ocho requisitos que se abarcaron en el mensaje anterior, quisiera recalcar una vez más la palabra *requisito*. Todos éstos son *requisitos* para el edificio. En otras palabras, sin estos doce requisitos, carecemos de fundamento, de la atmósfera o de la estructura apropiada para hablar acerca del edificio de Dios.

Una gran parte del bosquejo de este mensaje se basa en el bosquejo que aparece en el capítulo 4, cuyo título es “El secreto de la edificación”, del libro *El secreto de la salvación orgánica que Dios efectúa: “El Espíritu mismo con nuestro espíritu”*. Al comienzo de ese bosquejo, el hermano Lee incluye algunos puntos bajo este punto principal: “Algo que es crítico para el cumplimiento de la economía eterna de Dios” (pág. 45). El primero de ellos dice: “Ser juntamente edificados con otros creyentes es el requisito supremo y más elevado que el Señor impone a aquellos que fielmente le buscan conforme a uno de los atributos divinos de la Trinidad Divina, a saber, la unidad divina”, y el segundo añade lo siguiente: “Ser juntamente edificados con aquellos que son copartícipes de la vida divina es la virtud más elevada que manifiesta alguien que va en pos de Cristo en la economía eterna de Dios”. Así que, ser edificados es el requisito más elevado y la virtud más elevada; esto no es nada común ni sencillo. Comparado con esto, ser santificados a nivel personal es muy insignificante. El tercer punto dice: “Ninguno de los descendientes del linaje adámico caído tiene la capacidad ni la posibilidad de satisfacer los requisitos elevados del reino de los cielos”. Por consiguiente, el hombre natural jamás podrá tener parte en este edificio. El cuarto punto dice: “Sólo los creyentes regenerados, santificados, renovados y transformados son aptos para satisfacer los requisitos supremos del reino de los cielos”. El último punto dice: “Los Dios-hombres, quienes poseen la vida, la naturaleza y la mente divinas, y quienes participan de la divinidad de Dios, tienen la

capacidad divina de llevar a cabo los requisitos divinos del reino divino”. Si consideramos estos cinco puntos que son cruciales para el cumplimiento de la economía eterna de Dios, podremos captar el entendimiento que tenía el hermano Lee de que el edificio posee los más elevados requisitos, y que el cumplimiento de ellos es la virtud más elevada que pueda procurar un cristiano. Es relativamente fácil que nosotros alcancemos la santidad a un nivel personal. Es muy bueno que podamos vencer el mal genio por la misericordia y la gracia del Señor, pero debemos comprender que hay algo más.

Antes de que el hermano Lee se mudara de Taiwán a Estados Unidos, había cuatro hermanos jóvenes muy dotados. Los santos se referían a ellos usando una expresión china, que podría traducirse como “los cuatro Hércules”. Cada uno de estos cuatro hermanos era un “Hércules”. Cada uno de ellos poseía un don particular, pero ninguno de ellos había sido edificado con nadie. El hermano Lee sentía carga por ellos y dijo: “Cuando este hermano comparte la palabra, aquel hermano se echa a dormir; y cuando aquel hermano comparte, entonces el otro se queda dormido”. Ellos no habían sido conjuntamente edificados. Mientras seamos personas naturales, no podremos formar parte del edificio; es únicamente cuando somos libertados de nuestra constitución natural mediante la operación de la cruz que podemos entrar en la esfera del edificio.

TENEMOS QUE SER DILIGENTES EN GUARDAR LA UNIDAD DEL ESPÍRITU

Tenemos que ser diligentes en guardar la unidad del Espíritu (Ef. 4:3). El quinto requisito es la unidad del Espíritu. La unidad no consiste meramente en ser unidos. El Señor oró por la unidad (Jn. 17:1-26), y esta unidad se hizo realidad el día de Pentecostés (Hch. 2:1-4); sin embargo, necesita ser perfeccionada y expresada de una manera concreta. En Juan 17 vemos la unidad en la aspiración que manifestó el Señor en Su oración; pero en Hechos 2 vemos la unidad hecha realidad. No obstante, Hechos 2 no es la cúspide de la unidad; la unidad aún tiene que llevarse a la práctica. La unidad expresada de una manera práctica es la unidad del Espíritu, la cual se menciona en Efesios 4. En el tomo 2 de *Messages Given during the Resumption of Watchman Nee's Ministry* [Mensajes dados durante la reanudación del ministerio de Watchman Nee], el hermano Lee dice: “Creemos que viene el día cuando la obra de recobro que Dios efectúa cumplirá lo descrito en Efesios 4. Dios está

llevando a cabo una obra de recobro en todo lugar. Creemos que la máxima obra entre todas estas obras bien puede ser el recobro del testimonio del Cuerpo” (pág. 489). Lo que Dios está haciendo en la tierra hoy —el último recobro— es el recobro de lo dicho en Efesios 4.

En Efesios 4:2 se mencionan las diferentes virtudes que se necesitan para guardar la unidad del Espíritu: la humildad, la mansedumbre, la longanimidad y el hecho de soportarnos los unos a los otros en amor. Éstas no son virtudes naturales, sino virtudes que son producto de la transformación. El tabernáculo —específicamente las tablas y las barras que las mantenían unidas— estaba hecho de madera de acacia recubierta de oro (Éx. 26:15, 26). La madera de acacia representa las virtudes humanas elevadas. Nuestra manera natural de ser no puede edificar la iglesia. Dios no desea la moralidad humana. Usando las palabras del hermano Lee, que aparecen en el último capítulo de *Vital Factors for the Recovery of the Church Life* [Factores vitales requeridos para el recobro de la vida de iglesia], las virtudes humanas transformadas, que han sido fortalecidas y enriquecidas por medio de los atributos divinos y con ellos, son un factor que contribuye a la vida de iglesia. Esto es lo que edifica la iglesia. Dios desea sacarnos de la esfera de lo natural y trasladarnos a la esfera de la resurrección. Sólo así el edificio se hará realidad. El pecado es algo terrible, pero no es tan pernicioso como el hombre natural. En el edificio de Dios el elemento que más estorba es nuestra constitución, virtud y moralidad naturales. Una persona moral es muy severa, pues impone exigencias sobre sí misma y sobre los demás. No obstante, cuanto más exige, más muerta está. Tal vez su moralidad sea maravillosa, pero no contiene ningún elemento de Dios. Una persona así jamás puede edificar el edificio de Dios.

Efesios 4:2 no nos habla de la moralidad, sino de las virtudes humanas transformadas. La humildad es la primera virtud que se menciona en este versículo. Ser humilde es permanecer en una condición de bajeza. Ninguna persona en su ser natural desea esto; todos deseamos alcanzar una posición más alta. En *Vital Factors for the Recovery of the Church Life*, el hermano Lee dice: “Ser humilde es muy diferente de ser sencillo. Un rey o un presidente puede ser muy sencillo y, con todo, permanecer en su elevada posición. Aunque es sencillo, todavía puede conservar su dignidad y honor. El Señor Jesús no era así” (pág. 73). Aunque Él existía “en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse” (Fil. 2:6). Nuestra moralidad no es capaz de hacer esto.

La segunda virtud mencionada en Efesios 4:2 es la mansedumbre. Hablando en términos humanos, pensamos que la mansedumbre es lo mismo que la amabilidad. Si alguien es amable, entonces pensamos que es manso. Sin embargo, en el Nuevo Testamento la mansedumbre significa mucho más que eso; la mansedumbre significa no pelear por nosotros mismos, significa no pelear por lo que uno merece. Si en la iglesia y en nuestra coordinación no peleáramos por nosotros mismos, eso ciertamente sería de Dios. Conforme a nuestra constitución natural nos es imposible no pelear por nosotros mismos.

La tercera virtud mencionada en este versículo es la longanimidad. Ser longánime es soportar el maltrato. Cuando sufrimos maltrato al coordinar con otros, ¿cómo reaccionamos? El Señor es nuestro modelo; cuando le injuriaban, Él no respondía con injuria (1 P. 2:23).

La última virtud mencionada en Efesios 4:2 es la de soportarnos los unos a los otros en amor. Soportarnos los unos a los otros en amor significa no apartarse ni dejar abandonado a un hermano. Si un hermano es débil y nosotros le dijéramos: “Voy a orar por ti”, y luego nos alejamos de él, no estaríamos soportándolo en amor. Soportarlo significa ir adonde él está y tomar su carga. Estos ejemplos nos muestran que en nuestra constitución natural no tenemos ninguna de las virtudes mencionadas en Efesios 4:2. Es únicamente por medio de la transformación que podemos tener tales virtudes. Así que nuestras virtudes humanas deben ser infundidas y enriquecidas con el Dios Triuno mismo. Las virtudes humanas son la estructura externa; ellas necesitan ser enriquecidas con la Trinidad Divina, la cual es el contenido.

**Guardamos la unidad del Espíritu
en la constitución intrínseca del Cuerpo
y con la Trinidad Divina como fuente,
elemento y esencia**

Guardamos la unidad del Espíritu en la constitución intrínseca del Cuerpo y con la Trinidad Divina como fuente, elemento y esencia (vs. 4-6). Éste es el primero de los tres aspectos necesarios para guardar la unidad del Espíritu. En los versículos del 4 al 6 se nos habla de siete “unos”: un Cuerpo, un Espíritu, una esperanza, un Señor, una fe, un bautismo y un solo Dios. Estos siete se componen de cuatro factores, dos medios y una meta. Los cuatro factores son el Padre, el Hijo, el Espíritu y el Cuerpo; nosotros somos el Cuerpo, la estructura externa, la cual está constituida de las virtudes humanas transformadas. Estos

cuatro factores se conjugaran entre sí para sacarnos de la esfera de Adán por medio del bautismo e introducirnos en la esfera de Cristo por medio de la fe. Dios seguirá operando en este Cuerpo hasta que sea plenamente transformado y conformado de modo que sea completamente igual a Él. Ésta es la única esperanza. Por consiguiente, estos siete “unos” pueden ser llamados la constitución del Cuerpo de Cristo.

*La unidad del Espíritu es el Espíritu mismo;
guardar la unidad del Espíritu
es permanecer en el Espíritu vivificante*

La unidad del Espíritu es el Espíritu mismo; guardar la unidad del Espíritu es permanecer en el Espíritu vivificante (v. 3; cfr. Éx. 26:26-28). Éxodo 26 habla de las barras del tabernáculo, las cuales eran hechas de madera de acacia recubiertas de oro. La madera de acacia y el oro representan dos elementos, la humanidad y la divinidad. El edificio es la mezcla de estos dos elementos, la humanidad elevada y transformada, y el Dios Triuno.

*El Padre está corporificado en el Hijo,
el Hijo es hecho real para nosotros como el Espíritu
y el Espíritu se mezcla con los creyentes; tal mezcla
es la constitución intrínseca del Cuerpo de Cristo*

El Padre está corporificado en el Hijo, el Hijo es hecho real para nosotros como el Espíritu y el Espíritu se mezcla con los creyentes; tal mezcla es la constitución intrínseca del Cuerpo de Cristo (Ef. 4:4-6). El Padre, el Hijo y el Espíritu son la fuente, el manantial, de la unidad. Ellos son tres y a la vez uno. Ellos son el modelo, el prototipo divino, de la unidad, mas esta unidad debe ser llevada a la práctica en el Cuerpo de Cristo. La verdadera edificación es una constitución orgánica, así como nuestro cuerpo humano es una “edificación” orgánica. El Cuerpo de Cristo es una entidad orgánica y es una constitución intrínseca que se compone de divinidad y humanidad. La Trinidad Divina como la fuente, el elemento y la esencia es el primer aspecto que nos capacita para guardar la unidad del Espíritu.

**Guardamos la unidad del Espíritu
al ser perfeccionados por los miembros dotados
para la edificación del Cuerpo de Cristo**

Guardamos la unidad del Espíritu al ser perfeccionados por los

miembros dotados para la edificación del Cuerpo de Cristo (vs. 11-12). Éste es el segundo aspecto necesario para guardar la unidad del Espíritu. En Juan 17 y en Efesios 4 vemos el asunto del perfeccionamiento; la unidad requiere ser perfeccionada. En Juan 14 se nos habla de la casa del Padre (vs. 2, 23); en Juan 15, de la vid universal (vs. 1, 5), y en Juan 16, del niño que es dado a luz en resurrección (v. 21). Estas cosas se logran mediante el perfeccionamiento de los creyentes, el cual se lleva a cabo al ser ellos rescatados de la esfera natural e introducidos en la esfera del Dios Triuno. Día a día estamos siendo rescatados de la esfera natural y estamos siendo introducidos en el Dios Triuno mismo, de modo que podamos estar en Él y Él en nosotros. De esta manera Él nos perfecciona en la unidad del Dios Triuno. Este perfeccionamiento es el mismo que realizan los miembros dotados en Efesios 4:12. Sin el perfeccionamiento realizado por los miembros dotados, jamás llegaríamos “a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (v. 13). Día a día en el recobro del Señor estamos siendo perfeccionados mediante el ministerio. La palabra del ministerio nos perfecciona al rescatarnos de la esfera natural, la esfera de Adán, y al introducirnos en una unión orgánica con la Trinidad Divina, e incluso al hacer que seamos incorporados a la Trinidad Divina. De este modo, podemos crecer en Él en todo.

*En Juan 17 el Señor Jesús oró al Padre pidiéndole
que nos perfeccionara para que seamos uno en el Dios Triuno*

En Juan 17 el Señor Jesús oró al Padre pidiéndole que nos perfeccionara para que seamos uno en el Dios Triuno (vs. 21, 23). El perfeccionamiento que Cristo realiza se resume en una simple preposición *en*. Él nos introduce “en” Él. Cuanto más somos introducidos “en” Él, más somos perfeccionados, y más se hará realidad el edificio.

*En Efesios 4 el apóstol Pablo nos dice
que la Cabeza dio los dones a fin de perfeccionar a los santos
hasta que todos lleguemos a la unidad*

En Efesios 4 el apóstol Pablo nos dice que la Cabeza dio los dones a fin de perfeccionar a los santos hasta que todos lleguemos a la unidad (vs. 11-13). El Dios Triuno y los miembros dotados del Cuerpo perfeccionan a todos los santos para que todos lleguemos a la unidad de la fe.

**Guardamos la unidad del Espíritu
mediante el crecimiento en la vida divina,
al crecer en todo en Aquel que es la Cabeza**

Guardamos la unidad del Espíritu mediante el crecimiento en la vida divina, al crecer en todo en Aquel que es la Cabeza (vs. 13, 15; Col. 2:19). Éste es el tercer aspecto necesario para guardar la unidad del Espíritu. En tanto que no crezcamos, no podremos llegar a dicha unidad. La razón por la cual a veces no somos uno con los santos es que nos encontramos en nuestro “yo” natural y los santos también se encuentran en su “yo” natural. Tal vez nosotros seamos amables y ellos también lo sean, pero todos estamos en nuestro “yo” natural. Por consiguiente, no somos uno. La única forma en que podemos ser edificados es crecer en Él en todas las cosas. Si perdemos nuestra bondad natural y permitimos que el Señor Jesús sea el único que llena todo nuestro ser, no expresaremos el “yo” sino al Señor en todo lo que decimos y hacemos. En otras palabras, perderemos nuestra constitución natural, y creceremos en Cristo en todas las cosas.

Cada nacionalidad posee sus propias peculiaridades. Por ejemplo, en la cultura china, a menudo la gente no dice lo que realmente quiere decir. Los estadounidenses son todo lo contrario; todo lo que piensan, lo dicen. El hermano Lee dijo una vez que para los coreanos todo es negro o blanco; para ellos, no existe el gris. Ellos terminan hasta el fin lo que se proponen o no lo hacen. Éstos son ejemplos de nuestra constitución natural; nada de ello tiene que ver con las virtudes humanas transformadas de las cuales nos habla la Biblia. En última instancia, la manera correcta no es hacer las cosas conforme a la sutileza de los chinos, a la franqueza de los estadounidenses, ni a la dedicación total de los coreanos, ya que ninguna de estas peculiaridades nacionales podrá edificar la iglesia. Todas nuestras diferentes maneras naturales de ser, tienen que ir a la cruz.

La única manera de deshacernos de nuestra manera natural de ser, es crecer en Cristo en todas las cosas, y al hacerlo, seamos rescatados de esta manera natural de ser, que es conforme a nuestra nacionalidad. Solamente Cristo edifica la iglesia. Una vez que hayamos crecido en Él, lo que ministremos no será nuestra manera de ser. Un hermano dijo una vez que para llevar a cabo la obra entre los alemanes, uno tenía que ser más alemán que los alemanes, es decir, ser más firme e impositivo que ellos. Todos los que sigan por este camino no edificarán el Cuerpo

de Cristo; antes bien, lo que edificarán será un “cuerpo alemán”. Lo que ministremos a los santos no debe ser nuestra manera natural de ser, ya que es únicamente en virtud del suministro de la Cabeza que el Cuerpo crece. Los primeros cuatro versículos de Efesios 4 son un “manual” de cómo edificar el Cuerpo de Cristo. La edificación del Cuerpo no tiene nada que ver con nuestra manera natural de ser. Para poder edificar el Cuerpo de Cristo, necesitamos ser perfeccionados día a día en el Dios Triuno.

He conocido a algunos hermanos que fueron encarcelados por el gobierno chino, y permanecieron allí durante treinta años por causa de su fe. Ciertamente siento respeto por esos hermanos, y me siento con la libertad de reconocer que no tengo la gracia para pasar por lo que ellos han pasado. Sin embargo, algunos de estos mismos hermanos no son capaces de coordinar con nadie. La mayor necesidad de estos hermanos es ver el asunto del edificio de Dios. La edificación no tiene nada que ver con sufrir por el Señor, ni tampoco consiste en manifestar nuestras virtudes humanas en nuestra vida diaria; más bien, tiene que ver específicamente con el hecho de ser perfeccionados en el Dios Triuno.

**ES IMPRESCINDIBLE QUE PARTICIPEMOS
EN LA COMÚN COMUNIÓN DEL DISFRUTE DE CRISTO,
QUE ES LA PORCIÓN COMÚN DE TODOS LOS CREYENTES,
A FIN DE GUARDAR LA UNIDAD DEL CUERPO
Y ASÍ TESTIFICAR QUE CRISTO
NO PUEDE SER DIVIDIDO NI ESTÁ DIVIDIDO**

Es imprescindible que participemos en la común comunión del disfrute de Cristo, que es la porción común de todos los creyentes, a fin de guardar la unidad del Cuerpo y así testificar que Cristo no puede ser dividido ni está dividido (1 Co. 1:2, 9-13). Aunque los corintios tenían dones y mucho conocimiento, ellos estaban en su alma, es decir, eran anímicos, e incluso eran carnales (2:14; 3:3). Como nos lo muestra todo el libro de 1 Corintios, su condición anímica y carnal con el tiempo hizo que ellos perdieran su disfrute de Cristo. Según 1:2, Dios nos hizo partícipes de una común comunión, de un disfrute común, el disfrute de Su Hijo, Jesucristo nuestro Señor. Este disfrute es el disfrute de Cristo mismo quien es “de ellos y nuestro”. Dios nos ha llamado a esta comunión, y nosotros debemos permanecer en ella. Si permanecemos en esta comunión, en esta circulación y disfrute, y si renunciamos a nuestros intereses personales a fin de participar en los

intereses divinos y nos adherimos a ellos, podremos abandonar todas nuestras distinciones naturales y guardar la unidad del Cuerpo.

Una de las mayores peculiaridades que pueden aflorar en el Cuerpo de Cristo es el amor natural que tienen los santos por diferentes líderes. En Corinto, algunos amaban a Pablo, otros amaban a Apolos y otros amaban a Cefas (v. 12). Sin embargo, Pablo, en su primera epístola, incluyó a los santos de Corinto “con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (v. 2). Los creyentes únicamente deben invocar un solo nombre: el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Ser partidario de Pablo era equivalente a invocar el nombre de Pablo. Si sentimos cierto afecto o preferencia natural por algún hermano, no importa cuál sea la razón —bien sea porque lo consideramos nuestro padre espiritual— en esencia estamos diciendo que somos partidarios de ese hermano. Y cuando decimos que somos partidarios de ese hermano, en efecto estamos invocando el nombre de ese hermano. No debemos tener ningún otro nombre aparte del nombre de Jesús.

Hemos sido llamados a la comunión del Hijo amado de Dios; por tanto, debemos permanecer en esta comunión. Cuando permanecemos en esta común comunión, disfrutamos de todos los aspectos del Cristo todo-inclusivo. Este Cristo todo-inclusivo, junto con Su cruz, es la solución para todos los problemas que se presentan en nuestra vida espiritual y en la vida de iglesia. Es por eso que Pablo dice: “Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (2:2). La razón por la cual tenemos problemas en nuestra vida espiritual y en la vida de iglesia es que quitamos nuestra mirada del Cristo crucificado y recurrimos a muchas otras cosas y personas. El Cristo crucificado es la centralidad de la economía de Dios; por consiguiente, Él debe ser la centralidad en nuestra vida y también en nuestra experiencia. Si Él no es la centralidad para nosotros y nosotros tenemos una preferencia natural por alguna cosa o persona que no sea Cristo, eso indica que se ha introducido algo que pertenece a la esfera de lo natural.

Si permitimos que en la iglesia se introduzca algo de la esfera natural, estaremos destruyendo, estropeando, el edificio de Dios (3:17). Estropear o destruir el edificio de Dios equivale a edificar con materiales sin valor, como son la madera, el heno y la hojarasca, los cuales se mencionan en el versículo 12. Podemos mostrar lo que significa estropear el edificio con el siguiente ejemplo. Supongamos que yo construyo

un edificio con mármol. Si ensucio las paredes con barro, estaré estropeando el edificio. Asimismo, si pinto el edificio de mármol con pintura de oro, también estaré estropeando el edificio. En 1 Corintios 3 no se nos dice que nosotros estropeamos el edificio de Dios con nuestra pecaminosidad o mundanalidad, sino que, más bien, se nos da a entender que lo estropeamos si edificamos con el hombre natural (la madera), el hombre carnal y caído (el heno), y la obra y vida que proceden de una fuente terrenal y que no han sido transformadas por el Espíritu Santo (la hojarasca). Las tres cosas mencionadas en el versículo 12, las cuales estropean el edificio de Dios, provienen de nuestro ser natural. De modo que, usar nuestra bondad y rectitud naturales equivale a estropear el edificio de Dios (véase el versículo 17 y la nota 1).

**El Cristo todo-inclusivo pertenece a todos los creyentes
como la porción que les ha sido asignada
para el disfrute de ellos;
todos los creyentes debieran concentrarse
en el Cristo único e indivisible,
Aquel que Dios designó como su único centro**

El Cristo todo-inclusivo pertenece a todos los creyentes como la porción que les ha sido asignada para el disfrute de ellos (Col. 1:12); todos los creyentes debieran concentrarse en el Cristo único e indivisible, Aquel que Dios designó como su único centro. Para disfrutar a Cristo debemos renunciar a nuestro gusto natural. No existe manera humana de ayudar a dos hermanos que no se llevan bien, a que sean unánimes. El aconsejarles no funcionará. Únicamente podrán ser uno cuando estos dos hermanos al reunirse, tomen al Cristo único e indivisible como su único centro. Cuando disfrutamos a Cristo como el único centro designado por Dios, abandonaremos todas nuestras distinciones y preferencias a fin de ser uno solo.

**Debemos concentrarnos y focalizarnos en Él,
no en ninguna otra persona, cosa o asunto,
a fin de que todos los problemas
entre los creyentes sean resueltos**

Debemos concentrarnos y focalizarnos en Él, no en ninguna otra persona, cosa o asunto, a fin de que todos los problemas entre los creyentes sean resueltos.

**ES IMPRESCINDIBLE QUE PARTICIPEMOS
EN LA COMÚN COMUNIÓN EN EL ESPÍRITU
Y TENGAMOS EN COMÚN UNA MISMA MANERA DE PENSAR
Y UN MISMO AMOR EN EL ESPÍRITU, CON UNA SOLA ALMA,
ADOPTANDO UNA POSTURA COMÚN
POR CAUSA DEL TESTIMONIO DE LA UNIDAD
DEL CUERPO DE CRISTO**

Es imprescindible que participemos en la común comunión en el espíritu y tengamos en común una misma manera de pensar y un mismo amor en el espíritu, con una sola alma, adoptando una postura común por causa del testimonio de la unidad del Cuerpo de Cristo (Fil. 2:1-2; 1:27). En Filipenses Pablo nos dice cuál es el secreto para disfrutar a Cristo. Uno de los aspectos de este secreto tiene que ver con la manera en que nos relacionamos con el apóstol. En el capítulo 1, Pablo se mostró muy abierto a los creyentes de Filipos al relatarles su experiencia. Luego, en el capítulo 2, les pide que la comunión sea recíproca (vs. 1-2). Una cosa es recibir ayuda y comunión del ministerio y del apóstol, y otra cosa completamente diferente es que nosotros abramos nuestro ser en comunión mutua en el espíritu, a fin de brindarle ayuda y suministro al ministerio. La comunión que tenemos con el apóstol debe ser de doble vía. La única manera de experimentar esta clase de comunión de doble vía es estar en un mismo espíritu y ser unánimes con el apóstol, es decir, de una sola alma (1:27). Todos tenemos por lo menos dos problemas. Nuestro primer problema es que no estamos firmes en un mismo espíritu; sin embargo, el mayor problema radica en nuestra alma: no combatimos con una sola alma. Mantenernos en un mismo espíritu es muy difícil cuando hay rebelión y surge la oposición; al contrario, nos será muy fácil opinar, lo cual expresará disensión, que a su vez, conducirá a la división. Las opiniones, la disensión y la división proceden del alma. Por lo tanto, tenemos que mantenernos firmes en un mismo espíritu y combatir con una sola alma.

A veces, el Señor permite que en Su recobro surja la oposición. En ocasiones la oposición procede de afuera, pero en otras, procede desde adentro. Pero no importa de dónde provenga, cuando ocurre, esto pone a prueba nuestra unidad, nuestra edificación. Es posible que digamos que estamos firmes en un mismo espíritu; no obstante, puede ser que haya muchos “peros”. Es posible que digamos: “Estamos en un mismo espíritu, pero ¿qué de esto? Estamos en un mismo espíritu, pero ¿qué de

aquello?”. Si ésta es nuestra actitud, aunque estemos en un mismo espíritu, no seremos unánimes, no procedemos con una sola alma. A fin de que nuestro disfrute sea pleno y estemos en plena comunión en la comunión de los apóstoles, debemos mantenernos firmes en un mismo espíritu y con una sola alma. Sólo entonces podrá haber una comunión de doble vía entre nosotros y el apóstol, y sólo entonces podremos experimentar y disfrutar a Cristo de manera plena.

Si estamos firmes en un mismo espíritu y somos unánimes, tendremos el mismo pensamiento y no tendremos diferentes niveles de amor hacia los miembros del Cuerpo (2:2). Estar en nuestra mente equivale a estar en nuestro ser natural, y en esta situación podríamos decir que un hermano es mejor que otro. La razón por la cual decimos esto es que sencillamente simpatizamos más con el primero que con el segundo. Nuestra preferencia se debe a la opinión que procede de nuestra alma. Ésta es la fuente de los problemas que pudiéramos tener con los ancianos de nuestra localidad. La razón por la cual tenemos problemas con los ancianos es que tenemos preferencias, las cuales dan pie a las opiniones, a las disensiones y, finalmente, a la división. Si en las iglesias todos permanecemos en el espíritu y permitimos que nuestra alma se mantenga bajo la obra de la cruz, no tendremos ningún problema con los ancianos.

**La disensión entre nosotros
se debe a que no estamos unidos en el alma,
a que no compartimos
este único pensamiento en nuestra mente,
la cual es la parte principal del alma**

La disensión entre nosotros se debe a que no estamos unidos en el alma, a que no compartimos este único pensamiento en nuestra mente, la cual es la parte principal del alma. En Filipenses 2:2 dice: “Completa mi gozo, tened todos el mismo pensamiento, con el mismo amor, unidos en el alma, teniendo este único pensamiento”. Estar unidos en el alma equivale a ser “compañeros en el alma”. Cuando somos compañeros en el alma con los santos, compartimos una sola alma con ellos. Como resultado, lo que un hermano piensa es lo que nosotros pensamos y viceversa. La disensión surge debido a que no estamos unidos en el alma. Como ya mencionamos, el problema que más estorba en la edificación no es la carne sino el alma, la manera natural de pensar y la manera natural de ser.

***Este único pensamiento se refiere
al conocimiento y experiencia subjetivos de Cristo;
concentrarse en cualquier otra cosa
hace que pensemos diferente,
lo cual crea disensión entre nosotros***

Este único pensamiento se refiere al conocimiento y experiencia subjetivos de Cristo; concentrarse en cualquier otra cosa hace que pensemos diferente, lo cual crea disensión entre nosotros (1:20-21; 2:5; 3:7-9; 4:13). Con tal que no tengamos un mismo pensamiento, jamás podremos ser uno. Incluso en el recobro del Señor es posible que haya grupos de santos que no sean uno. Por lo general, este problema no es causado por el hecho de que un grupo de santos sea mundano o pecaminoso y el otro no. Puede ser que ambos grupos estén a favor de la economía de Dios; no obstante, el problema es que ninguno de ellos está en un mismo espíritu ni son unánimes, o sea, no proceden con una sola alma, ni toman a Cristo como su único pensamiento. Si no hacemos de Cristo nuestro único pensamiento, sin importar cuál sea nuestro pretexto, seremos diferentes y quedaremos aparte. No tener este único pensamiento siempre creará disensiones entre nosotros.

**TENEMOS QUE VIVIR Y ANDAR POR EL ESPÍRITU
Y ANDAR CONFORME AL ESPÍRITU MEZCLADO,
PONIENDO NUESTRA MENTE EN EL ESPÍRITU MEZCLADO
Y TENIENDO AL CRISTO *PNEUMÁTICO* COMO
EL ESPÍRITU QUE MORA EN NOSOTROS,
QUIEN IMPARTE VIDA A NUESTRO INTERIOR
PARA QUE HAGAMOS MORIR LOS HÁBITOS DEL CUERPO**

Tenemos que vivir y andar por el Espíritu (Gá. 5:16, 25) y andar conforme al espíritu mezclado (Ro. 8:4), poniendo nuestra mente en el espíritu mezclado (v. 6) y teniendo al Cristo *pneumático* como el Espíritu que mora en nosotros, quien imparte vida a nuestro interior para que hagamos morir los hábitos del cuerpo (vs. 9, 13). La manera de ser rescatados de nuestra constitución natural es estar en el espíritu.

La mejor manera de permanecer en el espíritu mezclado y de vivir conforme a éste es orar (Ef. 6:18; 1 Ts. 5:17, 19). Cuando oramos, se nos hace muy difícil permanecer todo el tiempo en la mente. Al hombre natural no le gusta orar. Por lo tanto, aunque es posible estar en la mente cuando empezamos a orar, si seguimos orando, lograremos

entrar en nuestro espíritu. El orar en nuestro espíritu se asemeja a un bebé que intenta caminar. Al inicio, el bebé empieza a gatear; no obstante, debido a que los pies son los miembros del cuerpo con los cuales los seres humanos andan, el bebé empezará a usarlos para caminar. Como creyentes, tal vez empezamos a orar “gateando”, es decir, tal vez empezamos a orar en nuestra mente y nuestro espíritu de manera confusa. No obstante, debido a que nuestra mente no es el órgano correcto con el cual debemos orar, si seguimos orando, tarde o temprano empezaremos a orar en nuestro espíritu. Pero si no oramos, nos quedaremos para siempre en la condición de un bebé que nunca aprende a caminar; nuestro espíritu nunca se desarrollará, y solamente ejercitaremos nuestra mente. Como resultado de ello, solamente causaremos problemas en la vida de iglesia. Por consiguiente, debemos orar para que nuestro espíritu se desarrolle y llegue a ser la parte dirigente de nuestro ser.

**Cuando nuestra mente está puesta en el espíritu,
nuestros actos externos concuerdan
con nuestro hombre interior,
y no existe discrepancia alguna entre nosotros y Dios;
el resultado de ello es que nos sentimos llenos de vida
y paz en nuestro interior**

Cuando nuestra mente está puesta en el espíritu, nuestros actos externos concuerdan con nuestro hombre interior, y no existe discrepancia alguna entre nosotros y Dios; el resultado de ello es que nos sentimos llenos de vida y paz en nuestro interior. Cuando estamos en nuestra alma, en nuestro ser siempre habrá discrepancias, conflictos y tensiones. Nuestro espíritu querrá orar, pero nuestra alma querrá argumentar.

En cierta ciudad que estaba dividida por un río había una iglesia. Debido a ciertas situaciones, los santos que estaban a uno y otro lado del río terminaron apartándose los unos de los otros. Después de cierto tiempo, los hermanos responsables en aquella ciudad se dieron cuenta de que la iglesia en aquella localidad no era un buen testimonio, ya que los hermanos únicamente se reunían con aquellos que estaban en el mismo lado del río. Estos hermanos entendían que debido a que todos los hermanos estaban en la misma ciudad, todos debían reunirse como una sola iglesia. Así que poco después los hermanos se reunieron, pero al cabo de un solo día, los hermanos del lado norte del río descubrieron

que no concordaban en nada con los hermanos del lado sur y viceversa, y por tanto, dejaron de tener comunión. Sin embargo, puesto que los hermanos responsables aún sentían carga por aquella situación, pensaron que tal vez lo mejor era reunirse y orar. No obstante, después de sólo haber orado parte del día, empezaron a razonar y a acusarse unos a otros de estar equivocados. Como resultado, se apartaron nuevamente. Pero debido a que siguieron sintiendo la necesidad de estar juntos, decidieron suspender toda otra actividad y simplemente comprometerse y orar durante todo un año. Hoy en día hay una iglesia muy prevaleciente en aquella ciudad. La unidad finalmente se produjo mediante la oración.

**Cuando nuestra mente está puesta en la carne
y en las cosas de la carne, el resultado es muerte,
lo cual hace que nos sintamos incómodos,
sumidos en la muerte y separados del disfrute de Dios;
el sentir de muerte debe servirnos como una advertencia,
urgiéndonos a ser libertados de la carne
y a vivir en el espíritu**

Cuando nuestra mente está puesta en la carne y en las cosas de la carne, el resultado es muerte, lo cual hace que nos sintamos incómodos, sumidos en la muerte y separados del disfrute de Dios; el sentir de muerte debe servirnos como una advertencia, urgiéndonos a ser libertados de la carne y a vivir en el espíritu (Ro. 8:6). Cada vez que nos sentimos intranquilos, sin vida y separados del disfrute de Dios, ello es una advertencia de que necesitamos salir de tal situación y volvernos al espíritu. Sin duda alguna, tales sentimientos son como los signos vitales del cuerpo humano. Debemos prestar atención a los signos vitales y no pasarlos por alto. Debemos estar atentos a ellos para poder ser liberados de la muerte.

Si prestamos atención al sentir interior, haremos morir los hábitos del cuerpo. Hacer morir los hábitos del cuerpo no se refiere a hacer morir el pecado que está en el cuerpo, ni tampoco a hacer morir los actos de la carne; más bien, significa hacer morir nuestra bondad, humildad y justicia naturales así como cualquier cosa hecha aparte del espíritu. La única manera en que podemos guardar la unidad y obtener la realidad del edificio entre nosotros es poner la mente en el espíritu. Poner la mente en el espíritu es uno de los requisitos para la unidad y la edificación.

**TENEMOS QUE SER CONFORMADOS A LA MUERTE DE CRISTO Y,
POR EL PODER DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO,
CRUCIFICAR JUNTAMENTE CON CRISTO A NUESTRO YO,
NUESTRO HOMBRE NATURAL, NUESTRA CARNE, NUESTRA TORCIDA
MANERA DE SER, NUESTRAS PECULIARIDADES
Y NUESTROS GUSTOS Y PREFERENCIAS PERSONALES**

Ser conformados a la muerte de Cristo es tomar la muerte de Cristo como el molde para nuestra vida; el molde de la muerte de Cristo se refiere a la experiencia que tuvo Cristo de hacer morir continuamente Su vida humana a fin de vivir por la vida de Dios

Tenemos que ser conformados a la muerte de Cristo y, por el poder de la resurrección de Cristo, crucificar juntamente con Cristo a nuestro yo, nuestro hombre natural, nuestra carne, nuestra torcida manera de ser, nuestras peculiaridades y nuestros gustos y preferencias personales (Fil. 3:10). Ser conformados a la muerte de Cristo es tomar la muerte de Cristo como el molde para nuestra vida; el molde de la muerte de Cristo se refiere a la experiencia que tuvo Cristo de hacer morir continuamente Su vida humana a fin de vivir por la vida de Dios (Jn. 6:57; 12:24). Cristo estuvo en este molde no solamente cuando estuvo en la cruz. Ciertamente, la muerte de Cristo no comenzó cuando Él expiró, ni cuando le clavaron las manos, sino cuando Él nació. Cristo nació para morir (cfr. He. 10:5). Cristo fue puesto en el molde de la muerte desde el momento en que vino a la tierra.

Tal vez pensemos que el molde del que se habla aquí es nuestro entorno, nuestras situaciones y las personas que nos rodean. In Mateo 11:29-30, el Señor habló acerca de Su yugo. Este yugo no era Su entorno ni cosas semejantes; más bien, era la voluntad del Padre (Jn. 4:34; 5:30; 6:38; Mt. 26:39, 42). El molde en el cual el Señor estuvo cada momento de Su vida diaria era la voluntad del Padre; pero para Él este yugo era fácil y una carga ligera (11:30 y la nota 1). A pesar de que el Señor Jesús fue rechazado y aparentemente Su obra no tuvo resultados, Él dijo: “Te enaltezco, Padre, Señor del cielo y de la tierra” (v. 25). La razón por la cual el Señor pudo enaltecer al Padre era que estaba en el molde de la voluntad del Padre.

Nuestra vida debe conformarse a tal molde al morir nosotros a nuestra vida humana a fin de que vivamos la vida divina

Nuestra vida debe conformarse a tal molde al morir nosotros a

nuestra vida humana a fin de que vivamos la vida divina (Jn. 12:25-26; 1 Co. 15:31, 36; 2 Co. 5:14-15). El Señor era cien por cien un ser humano; no obstante, Él hizo a un lado Su vida humana a fin de vivir la vida divina. Cuando lavó los pies de los discípulos, Él se quitó el manto (Jn. 13:4-5), dando a entender con ello que no vivía por Su propia dignidad o gloria, es decir, que no vivía por Su propia vida. Filipenses 2:6-7 dice que Cristo, “existiendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a Sí mismo, tomando forma de esclavo, haciéndose semejante a los hombres”. Cuando el Señor se despojó a Sí mismo, Él era cien por cien Dios; no obstante, Él se despojó de la forma de Dios. Y no sólo se despojó de la forma de Dios para hacerse hombre, sino que también se negó a Su humanidad a fin de no vivir por Su propia vida humana. Los versículos 6 y 7 indican que el Señor se despojó a Sí mismo de la forma de Dios, y los versículos 7 y 8 revelan que aun estando en Su condición de hombre Él se despojó al grado de hacerse un esclavo, no aferrándose ni siquiera a los derechos que eran Suyos por ser hombre. Por tanto, el Señor no vivió según la forma de Dios ni tampoco según Su propia humanidad; antes bien, Él vivió absolutamente conforme a la voluntad del Padre, la cual era el molde. Así que, Cristo no comenzó a vivir en este molde en el Calvario, sino desde el momento en que nació, y permaneció en este molde durante toda Su vida.

TENEMOS QUE MAGNIFICAR A CRISTO AL VIVIRLE POR LA ABUNDANTE SUMINISTRACIÓN DEL ESPÍRITU DE JESUCRISTO

Tenemos que magnificar a Cristo al vivirle por la abundante suministración del Espíritu de Jesucristo (Fil. 1:19-21). No hay nadie en esta tierra que pueda llevar una vida que magnifique a Cristo, pero nosotros tenemos la abundante suministración del Espíritu de Jesucristo. Esta abundante suministración nos capacita para llevar una vida que magnifique a Cristo.

Vivimos a Cristo para magnificarlo en virtud del suministro del Cuerpo, la abundante suministración del Espíritu de Jesucristo, el cual está tipificado por el unguento compuesto, el aceite santo de la unción

Vivimos a Cristo para magnificarlo en virtud del suministro del Cuerpo, la abundante suministración del Espíritu de Jesucristo, el cual

está tipificado por el unguento compuesto, el aceite de la unción santa (v. 19; Éx. 30:23-25).

**El Espíritu compuesto está en el Cuerpo y,
además, existe para el Cuerpo
y para el servicio sacerdotal que edifica el Cuerpo**

El Espíritu compuesto está en el Cuerpo y, además, existe para el Cuerpo y para el servicio sacerdotal que edifica el Cuerpo (vs. 26-31; Ro. 15:16; 1 P. 2:5, 9). En el Antiguo Testamento, cuando los sacerdotes servían, ellos tenían que ser ungidos. De la misma manera, nosotros debemos recibir constantemente la abundante ministración del Espíritu de Jesucristo a fin de magnificar a Cristo y vivirle.

**TENEMOS QUE MINISTRAR A CRISTO, IMPARTIÉNDOLO
A TODA PERSONA CON LA CUAL ENTRAMOS EN CONTACTO**

Tenemos que ministrar a Cristo, impartiéndolo a toda persona con la cual entramos en contacto (2 Co. 3:6). Somos ministros del nuevo pacto y, como tales, al tener contacto con la gente, no debemos enseñarles normas morales. Nuestra única meta es impartir a Cristo a quienes contactamos. Esto es lo que hizo Pablo; y fue por ello que él llegó a ser un factor de bendición para los filipenses, un canal de suministro para ellos (Fil. 1:19). Ésta es la razón por la cual a ellos les importaba si él moría o vivía (vs. 20-26). A aquellos que están a nuestro cuidado les debería importar si nosotros morimos o vivimos, si estamos presentes o ausentes. Nuestra presencia debe ministrarles a Cristo. Pablo fue un ministro para los filipenses al grado en que él jugaba un papel decisivo y vital en el progreso y gozo de ellos en la fe (v. 25). Sin duda, fue para el progreso y gozo de ellos que Pablo escogió quedarse en vez de partir y estar con el Señor. Aquí, *progreso* se refiere al crecimiento en vida y *gozo* se refiere al disfrute que tenemos de Cristo.

**Tenemos que llevar una vida
en la que todo el tiempo tenemos contacto con Cristo
para ser infundidos de Él y en la que siempre estamos
en contacto con otros a fin de infundirles a Cristo**

Tenemos que llevar una vida en la que todo el tiempo tenemos contacto con Cristo para ser infundidos de Él y en la que siempre estamos en contacto con otros a fin de infundirles a Cristo (Hch. 6:4).

**Tenemos que ser buenos mayordomos
de la multiforme gracia de Dios,
ministrando a Cristo a otros
como el rico suministro de vida
para que crezcan en la vida divina y disfruten de Cristo**

Tenemos que ser buenos mayordomos de la multiforme gracia de Dios, ministrando a Cristo a otros como el rico suministro de vida para que crezcan en la vida divina y disfruten de Cristo (1 P. 4:10; Ef. 3:2; 4:29; Fil. 1:25). Conforme a 1 Pedro 4:10, nuestra función consiste en ser buenos mayordomos que suministran a las personas no solamente enseñanzas éticas, sino la multiforme gracia de Dios. La multiforme gracia mencionada en este versículo, es la misma que en la expresión *toda gracia* que aparece en 5:10. La multiforme gracia de Dios es lo que ministramos como ministros del nuevo pacto.

En Hechos 6:4 dice: “Nosotros perseveraremos en la oración y en el ministerio de la palabra”. Este versículo indica que la obra de los apóstoles se lleva a cabo mediante su oración. La obra de los apóstoles consiste primeramente en orar y, en segundo lugar, en ministrar la palabra. Primero, los apóstoles son saturados de Cristo, y luego ellos ministran e infunden en otros al Cristo del cual han sido saturados.

**TENEMOS QUE DISCERNIR ENTRE EL ALMA Y EL ESPÍRITU,
EL CUAL ES UN ESPÍRITU DE PODER, AMOR Y CORDURA**

Tenemos que discernir entre el alma y el espíritu, el cual es un espíritu de poder, amor y cordura (He. 4:12; 2 Ti. 1:7). En 2 Timoteo 1:6-7 dice: “Te recuerdo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos. Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de cordura”. Tenemos un espíritu, ¡y ahora debemos avivarlo hasta que éste arda! Tenemos que despertarlo y no dejar que muera (Is. 64:7). Una buena manera de avivar nuestro espíritu es invocar el nombre del Señor Jesús. Cuando invocamos diciendo: “Oh, Señor Jesús”, abrimos la “ventana” de nuestro espíritu, y permitimos que entre “aire” a nuestro espíritu para que éste pueda estallar en llamas. En otras palabras, cuando invocamos al Señor, abrimos nuestro espíritu al Espíritu divino y le permitimos que nos sople y avive nuestro espíritu hasta hacerlo arder. El don que está en nuestro interior es nuestro espíritu humano regenerado. No debemos ponernos del lado de nuestra alma natural, ni del lado de nuestra

mente facciosa; más bien, podemos ponernos del lado de la llama, del fuego, que está en nuestro espíritu. ¡Que el fuego arda!

Debemos avivar nuestro espíritu hasta que arda; no obstante, debemos darnos cuenta de que el enemigo de Dios quiere apagar el fuego que hay en nuestro espíritu. Así que, en vez de permitir que Satanás apague nuestro espíritu, debemos permitir que el fuego de nuestro espíritu arda y nunca permitir que se extinga. Debemos abrir nuestro espíritu al Espíritu divino y nunca permitir que nuestro espíritu sea sofocado. Cuando decimos: “Señor Jesús, me abro a Ti”, todas las “puertas” y “ventanas” de nuestro ser se abren, y podemos avivar el fuego de nuestro espíritu. Sencillamente invoquemos al Señor y oremos para ejercitar nuestro espíritu. Si tenemos algún problema con los hermanos, todo lo que tenemos que hacer es orar. Cuanto más oremos, más avivaremos el fuego del espíritu que está en nosotros.

En 1 Tesalonicenses 5:19 leemos: “No apaguéis al Espíritu”. Aquí, el Espíritu es el Espíritu Santo, y no el espíritu humano. El Espíritu Santo jamás se extingue, pero en nuestra experiencia, nuestro espíritu mezclado sí puede extinguirse. Por lo tanto, debemos avivarlo hasta que arda. En las reuniones estamos en nuestro espíritu; sin embargo, cuando salimos, es posible que rápidamente nos volvamos a nuestra mente y nos sintamos ofendidos con los santos. Volvernos de nuestro espíritu a nuestra mente es apagar el fuego que está en nuestro espíritu. Así que, en vez de vivir en nuestra mente, debemos usarla para orar, diciendo: “Oh, Señor Jesús, oro por los santos. Oh, Señor Jesús, oro por el edificio”. Si oramos de esta manera, en vez de hacer que nuestra mente se convierta en el factor que sofoca nuestro espíritu, debemos utilizarla para orar y para avivar el fuego que está en nuestro espíritu. Orar de esta manera le inyecta combustible a nuestro espíritu ardiente. En lugar de volvernos a nuestra mente y nuestra alma, debemos orar con nuestra mente y con nuestro espíritu.

El hermano Lee dijo una vez que existen tres clases de situaciones relacionadas con las noticias: cuando uno recibe buenas noticias, cuando uno recibe malas noticias y cuando uno no recibe noticia alguna. Las malas noticias pueden hacer que nos salgamos de nuestro espíritu y nos volvamos a nuestra mente. Las buenas noticias son peor que las malas porque hacen que nos volvamos a nuestra mente aún más que cuando recibimos malas noticias. Tampoco es bueno cuando uno no recibe noticia alguna porque cuando no hay noticias, no ejercitamos nuestro espíritu, y entonces éste se debilita por falta de ejercicio.

Sea que recibamos malas noticias, buenas noticias o no recibamos ninguna noticia, debemos ejercitar nuestro espíritu. Debemos avivar el espíritu que Dios nos dio hasta que éste arda.

Tenemos que avivar la llama del espíritu que Dios nos dio, ejercitando nuestro espíritu de tal modo que todas las partes de nuestra alma (nuestra mente, parte emotiva y voluntad) estén bajo el control de nuestro espíritu; siempre debemos permanecer alerta para discernir todo aquello que no proceda del espíritu, sino del alma

Tenemos que avivar la llama del espíritu que Dios nos dio, ejercitando nuestro espíritu de tal modo que todas las partes de nuestra alma (nuestra mente, parte emotiva y voluntad) estén bajo el control de nuestro espíritu; siempre debemos permanecer alerta para discernir todo aquello que no proceda del espíritu, sino del alma (2 Ti. 1:6-7; He. 4:12; cfr. Col. 4:2; 2 Co. 2:12-13).

Todos los problemas de índole familiar, social o nacional se deben al hecho de que la gente usa su mente, emoción y voluntad, mas no su espíritu; la unidad divina del Espíritu está en nuestro espíritu regenerado

Todos los problemas de índole familiar, social o nacional se deben al hecho de que la gente usa su mente, emoción y voluntad, mas no su espíritu; la unidad divina del Espíritu está en nuestro espíritu regenerado (Ef. 4:3; Ro. 8:16; 1 Co. 6:17).

Aquellos que causan divisiones son personas anímicas; ellos están privados de su espíritu, no le dan a éste la debida importancia ni lo ejercitan, comportándose como si no tuvieran espíritu

Aquellos que causan divisiones son personas anímicas; ellos están privados de su espíritu, no le dan a éste la debida importancia ni lo ejercitan, comportándose como si no tuvieran espíritu (Jud. 19-21; 1 Co. 2:14-15). En Judas 19-21 dice: “Éstos son los que causan divisiones; los anímicos, que no tienen espíritu. Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna”. Estos versículos nos dan a entender que mientras estemos en nuestra mente o en nuestra alma, estaremos

en división. Además indican que la manera en que somos rescatados de la división y entramos a formar parte de la edificación es estar en el espíritu.

**En nuestro espíritu no existe disensión,
división ni confusión alguna;
nuestro espíritu es la Jerusalén de hoy,
el lugar donde se halla la unidad**

En nuestro espíritu no existe disensión, división ni confusión alguna; nuestro espíritu es la Jerusalén de hoy, el lugar donde se halla la unidad (Jn. 4:24). Cuando estamos en el espíritu, nos encontramos en Jerusalén, lo cual nos lo da a entender Juan 4:20-24. En estos versículos el Señor dice que lo importante no es adorar a Dios en éste o aquél lugar, sino adorarlo en espíritu. Esto indica que nuestro espíritu es la verdadera Jerusalén. Ya que nuestro espíritu es Jerusalén, nuestra alma debe de ser Babilonia, un lugar de división. Siempre que estamos en nuestra alma, estamos en división, en Babilonia; pero siempre que estamos en nuestro espíritu, estamos en la unidad, en Jerusalén.

Así, pues, la manera en que podemos obtener el edificio de Dios es comenzar con el Espíritu divino, la unidad del Espíritu, y concluir con el espíritu humano. Si vivimos, actuamos y nos conducimos tomando la cruz para vivir no por nuestra constitución natural sino por el Espíritu divino en nuestro espíritu, tendremos el edificio de Dios. Éste es el requisito para obtener el edificio.—A. Y.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EDIFICIO DE DIOS

Los constructores del edificio divino (Mensaje 6)

Lectura bíblica: Mt. 16:18; Jn. 3:34; 14:23; Ef. 3:17a; 4:12, 16

- I. Cristo es el Constructor de la iglesia—Mt. 16:18:
 - A. Las palabras del Señor con respecto a la edificación de la iglesia constituyen la profecía más grande que hay en la Biblia—vs. 16-19.
 - B. Cristo, en Su humanidad, es el material de construcción para el edificio de Dios, y en Su divinidad, Él es el Constructor de dicho edificio—Jn. 3:13-16.
 - C. Después que el Señor Jesús efectuó la redención, resucitó de entre los muertos y ascendió a los cielos, comenzó la edificación de la iglesia—Ef. 1:22-23; 2:21-22; 4:16.
 - D. Como Aquel que ascendió y está en los cielos, Cristo dirige, administra, la edificación de Su iglesia en la tierra—Ap. 5:6; Ef. 1:19-23.
 - E. Cristo, la Cabeza, habla las palabras de Dios, imparte la vida divina y da el Espíritu sin medida—Jn. 3:29-36:
 1. El Señor Jesús ministra las palabras que Dios habla para el instante y momento presentes y da el Espíritu sin medida al pueblo de Dios; Él da el Espíritu al hablar las palabras de Dios—v. 34.
 2. “Es una blasfemia tener seguidores sobre los cuales ejerceremos control ... Mientras más renunciemos a tener seguidores, más la Biblia nos será abierta y mayor será la unción en el Cuerpo” (*Estudio-vida de Juan*, pág. 133).
 3. Si hemos de tener parte en la obra de edificación divina, tenemos que ser personas que constantemente escuchan la palabra del Señor, son partícipes de Su vida divina y comparten Su Espíritu inconmensurable—vs. 15-16, 34, 36.
- II. Las personas dotadas, especialmente los apóstoles y los profetas,